

*Inocente
Intrusa*

Deborah Luzige

Título original: Inocente Intrusa

Autor: Deborah Luzige

Año de ésta publicación: 2017

Primera Edición

Todos los derechos reservados @DeborahLuzige. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Diseño de Portada: Deborah Luzige.

Dedicatoria

A ese yo que tenés bien escondido.

Dejalo salir, no es tan malo
como te han hecho creer.

Capítulo 1

—¡Pero qué día de mierda! —dijo Miguel mientras cortaba de forma violenta el teléfono. No había podido hacer nada en todo el día, solo atender a clientes molestos que exigían hablar exclusivamente con él.

—Voy a matar a ese hijo de puta que habló con la prensa. Si lo despedí fue por inútil y ahora se venga, diciendo una sarta de mentiras. Menos mal que ya es casi la hora de salir. Mando este e-mail y me voy a la... ¡Carajo! ¿Algo más puede salir mal hoy? —golpeaba insistentemente la tecla de *enter* pero no había caso. La computadora se había colgado. Respiró hondo intentando calmarse.

—Tranquilo, Mike. Es viernes, ya casi se termina el día. —Recordó que Noelia tenía una copia así que lo enviaría desde allí. Apagó forzosamente su computadora, tomó su maletín, su chaqueta y salió de su despacho para encontrarse sorprendidamente con el puesto desocupado de su secretaria. Lo único que vio de ella allí fueron sus lentes.

"*Qué raro*", pensó. No le dio muchas vueltas al asunto. Se sentó en la silla de la muchacha y encendió el monitor. Lo que vio lo sorprendió tanto que casi se cae de culo al piso.

—¿Qué mierda...? — dijo mientras pestañeaba un par de veces como si tratara de cambiar aquellas imágenes. Frente a sus ojos se desplegaba una escena porno en la que una mujer estaba atada a una mesa, sostenida por varios hombres con las piernas muy abiertas mientras otros la penetraban y masturbaban, alternándose entre ellos. No era que estuviese horrorizado ni mucho menos con lo que veía, pero jamás se lo hubiese esperado de la recatada, tímida y triste Noelia. Y mucho menos allí, en el trabajo.

Inmediatamente, Miguel cerró la ventana, justo cuando su secretaria apareció junto a su escritorio. Ella supo por el enojo en su mirada que había sido descubierta. Se puso aún más colorada de lo que ya estaba y estranguló el bolso que llevaba contra su pecho, conteniendo la respiración y las lágrimas de vergüenza.

—A mi despacho, ahora mismo —dijo Miguel entre dientes apretados mientras se levantaba de la silla y marchaba con paso fuerte hasta su oficina. Una vez dentro, la instó a sentarse mientras él ocupaba su silla. Noelia parecía aún más diminuta con la postura encorvada que había tomado. Lo miraba temblorosa al tiempo que él la observaba con los dedos entrelazados en un puño cerrado frente a su boca.

—Estoy esperando que te expliques —dijo al fin.

Ella bajó la mirada y se mordió el labio pero fue incapaz de decir alguna cosa. Miguel bufó ante su falta de respuesta.

—Mirá, no sé qué te está pasando de un tiempo a esta parte pero la calidad de tu trabajo ha bajado mucho. ¿Y ahora te me salís con esto? En la oficina, no. Te pudo haber descubierto uno de los dueños. ¿Qué mierda estabas pensando? Bueno, evidentemente lo que menos estabas haciendo era pensar. —Pausó su discurso por unos instantes pero

Noelia seguía sin decir una palabra. Se hacía cada vez más pequeña en su silla y los temblores previos al llanto ya eran muy notorios.

—Por Dios, Noelia. Decime algo que justifique este comportamiento o voy a tener que despedirte ahora mismo. —Eso alarmó a la muchacha a tal punto que ya no contuvo sus lágrimas. Levantó el rostro humedecido y lo miró suplicante con los ojos hinchados.

—No, por favor no me despida. —Sorbió por la nariz y con ese gesto pareció una niña pequeña. Eso ablandó un ápice al furioso Miguel.

—Yo, yo... —balbuceaba pero no concretaba una sola idea.

—¿Sabes qué? —la interrumpió Miguel. —Ni siquiera quiero saberlo.

—Pero... —dijo ella angustiada.

—No voy a despedirte, Noelia. Pero que sea la última vez. Ahora, andate a tu casa.

—Sí, señor —contestó ella bajando nuevamente la mirada, quedando escondida entre los desalineados mechones de pelo que su moño no alcanzaba a sujetar. Se levantó de la silla aún apresando su cartera y se dirigió hacia la puerta. La abrió y en el momento en que se disponía a salir, chocó de frente contra Iván.

—Ay, disculpame. No te ví. —Le dijo al tiempo que la tomaba de los hombros y la apartaba apenas para mirarla a los ojos. Se sorprendió al verla sollozando.

—¿Estás bien? —le preguntó frunciendo el ceño.

Ella asintió sin mirarlo y como pudo se zafó de su agarre. Se dirigió rauda hasta su escritorio bajo la intrigada mirada de Iván, tomó sus lentes, los tiró dentro de su cartera y se fue sin decir nada. Iván entró en el despacho de su mejor amigo y compañero.

—Hola, ¿qué pasó con Noelia?

—No lo vas a poder creer. Aguantame cinco que tengo que mandar un mail y te lo cuento en el auto.

—Dale, metele que se nos hace tarde.

—Sí, sí. Ya voy.



—Sos una bestia.

—¿Yo?

—Sí, vos. ¿Cómo vas a amenazarla con despedirla?

—¡Estaba mirando pornografía en la oficina!

—¡Ay, qué espanto! —dijo Iván burlándose.

—¿Me entendiste que fue en la oficina? La llega a descubrir el viejo Umpiérrez y la raja a la mierda antes de que le dé un ataque al corazón.

—Pero la descubriste vos. Pudiste haber tenido un poco más de tacto.

—¿De qué me hablas? Probablemente venía de hacerse una paja en el baño ¿y soy yo el que tiene que tener tacto? Me parece que ella ya cubrió esa área, ampliamente.

Ambos largaron la carcajada.

—No te rías, idiota. La pobre de Noelia debe de estar muy necesitada —dijo Iván, apenas conteniendo la risa.

—Ah, qué considerado. ¿La querés atender?

—La verdad es que tu secretaria no está nada mal, a pesar de que es un poquito desprolija. No me molestaría para nada ayudarla con su problemita. No entiendo cómo no te le tiraste encima en estos tres años.

—No sé, es rara...

—¿Rara? ¿Porque no besa el suelo que pisás?

—No seas idiota. De hecho la pesqué varias veces mirándome con ojitos cariñosos.

—¿Entonces?

—Yo qué sé. Admito que detrás de esos lentes de *nerd* y ese *look* descuidado digamos que está buena pero no sé absolutamente nada de su vida.

—Mmm... Y averiguelo. Si no te dio curiosidad ahora...

—Sí, sí. Definitivamente estoy muy curioso ahora...



"*Soy una bestia*", pensó Miguel el lunes siguiente, después de hablar con Sofía de Recursos Humanos. Ahí se enteró de que Noelia había estado cuidando de su abuela con quien vivía y que murió de cáncer la semana pasada.

—Decime que el funeral fue un fin de semana.

—No. Fue el martes pasado. Yo la acompañé.

—Y vino a trabajar igual... —reflexionó más para sí mismo.

—Sí. Yo le dije que se tomara el día pero no quiso. Dijo que venir acá la oxigenaba. La pobre estuvo seis meses encerrada cuidando a su abuela. La quería un montón. Era como su madre, en realidad. Ambos padres la abandonaron cuando era muy chica. Casi que no se acuerda de ellos.

Cada detalle que Sofía agregaba lo hundía más y más en la culpa.

"Tengo que arreglar esto. No puedo ser tan animal".

—Gracias por la información, Sofía —le dijo dedicándole una sonrisa seductora.

La muchacha le regaló una risita tonta como respuesta.

Miguel se dirigió a su despacho, decidido a enmendar la situación.

—A mi oficina, Noelia —dijo sin detenerse.

La muchacha empalideció pero inmediatamente se levantó de su silla con la lapicera y su libreta en la mano y fue tras su jefe.

Miguel entró e inusualmente le sostuvo la puerta para que ella entrara.

—Tomá asiento —le dijo y ella ocupó su habitual puesto al otro lado del escritorio.

—Vení, sentate acá —le dijo señalando el conjunto de sofás que conformaban el pequeño living. Él se sentó en uno y la instó a tomar el contiguo.

Noelia se aferraba a su libreta y lapicera como si su vida dependiera de ello. Lo miraba entre la intriga y el pánico. No sabía con qué se iba a salir su jefe y eso la ponía muy ansiosa.

—El asunto es el siguiente... —comenzó a decir él y de inmediato se tentó al ver que ella abría su libreta, dispuesta a tomar nota. —No vas a necesitar esto —dijo él quitándole sus cosas y dejándolas sobre la mesa ratona. —Esto no es una reunión de trabajo —explicó ante la atónita mirada de la muchacha. —Bueno... —comenzó diciendo algo nervioso. —Quería pedirte disculpas por no haber manejado del todo bien el tema del video.

—Ay, no —dijo ella poniéndose colorada de pronto. Un calor intenso la invadió mientras se cubría el rostro con ambas manos.

—No te pongas así. No debí ser tan duro contigo. El día estuvo muy complicado, lo sabés y fue una reacción desmedida. —Ella seguía cubriéndose el rostro, consumida por la vergüenza. —Noelia, mirame, por favor.

Ella despejó su rostro, tomó aire intentando recuperar coraje y lo miró. Él le sonrió satisfecho y a ella la recorrió otra oleada de calor.

—En serio que no es tan grave. ¿Me disculpas por ser tan bruto?

Ella asintió nerviosa pero no dijo nada más.

"Esa actitud de niña indefensa sumado a las imágenes de ese video... No puedo creer que tenías esas tendencias tan escondidas, querida Noelia. Las posibilidades me están empezando a trastornar", pensó él, inquieto. "Mejor termino con esto antes de decir alguna estupidez".

—Bien, eso es todo por ahora.

Ella se levantó, tomó sus cosas de la mesita ratona y se dispuso a salir.

—Noelia —ella se dio la vuelta. —Cualquier cosa que necesites, es solo pedirlo. —Ella abrió sus ojos enormes y otra vez, se puso colorada al extremo.

Él se giró, intentando parecer casual mientras ella se marchaba, totalmente descolocada.

"¿Qué era aquello de no decir estupideces? Si serás pajero", pensó Miguel riéndose para sí mismo.



Toda la mañana del martes y parte de la tarde, Miguel se la pasó encerrado con Iván, hablando con abogados por teleconferencia y preparando cientos de papeles para aclarar el quilombo en el que los había metido Núñez. A las tres de la tarde hicieron una pausa para almorzar. Miguel llamó a Noelia para que les llevara el almuerzo y aprovecharían para ponerla al tanto de todo ya que tendría que preparar las declaraciones para la prensa. Cuando cortó el intercomunicador, Iván, reclinado en su silla y con los brazos cruzados al pecho lo miraba divertido.

—¿Y cómo van las cosas con nuestra secretaria estrella?

—Ayer hablé con Sofía y averigüé algunas cosas.

—Ah, Sofía, Sofía...

—No me digas que te enamoraste.

—Ni loco. Pero coge como los dioses esa gatita —dijo apretándose su propia entrepierna, rememorando un grato recuerdo. —En fin. Contame qué averiguaste de Noelia.

—Hace seis meses que estaba cuidando a su abuela que se murió de cáncer la semana pasada. ¿Podrás creer que vino a trabajar el día del funeral?

—¿Te sentís un poquito más como la mierda?

—No tenía ni idea. Soy el rey de los pelotudos. En fin, resulta que esta señora era como su madre, vivía con ella. Eso explica que estuviese tan distraída y triste desde hace un tiempo.

—Y el hijo de puta del jefe le saca la única alegría que le queda. Sos una muy mala persona.

—Imbécil.

En ese momento, golpean la puerta.

—Pasá —dijo Miguel a sabiendas de que era Noelia.

Cuando entró, ambos fijaron su atención inmediatamente en ella. Lo primero que entró fue su culo sutilmente delineado por los pantalones de vestir negros que llevaba

puestos. Venía arrastrando el carrito con la comida. Miguel hizo un ademán de levantarse a ayudarla pero Iván le pateó el pie y negó con su cabeza. Ambos se deleitaron observando su cuerpo que se adivinaba curvilíneo tras la holgada camisa blanca levemente traslúcida. Mientras ella, inconsciente de las miradas que estaba recibiendo, se movía con torpeza arrastrando el carrito sobre el moquete. Cuando se dio la vuelta, la cosa se puso interesante para sus curiosos ojos. Tenía el botón de su blusa abierto, claramente en un descuido, lo suficiente como para ver el borde de su soutián blanco y rosa. La tersa piel de su seno que asomaba por encima invitaba a ser acariciada. Los amigos se miraron cómplices. Iván se mordía el labio y Miguel se frotaba nervioso la barbilla con sus dedos. En el momento que Noelia alzó la vista, los dos clavaron los ojos en la montaña de papeles.



Trabajaron juntos durante cuatro horas y tanto Miguel como Iván se distraían constantemente con el peligroso escote que se asomaba cada vez que Noelia se inclinaba hacia ellos. Cuando dieron por terminada la jornada, Noelia se llevó el carrito de la comida y ellos se dispusieron a juntar sus cosas para marcharse. La muchacha volvió y comenzó a ordenar las suyas bajo la disimulada mirada de su jefe y su amigo que se regodeaban con cada movimiento de su cuerpo. En un momento, cuando iba a agarrar su cartera, el traicionero moquete le atrapó un taco y la hizo caer de culo al piso, de inmediato sintió un dolor agudo en el tobillo. El primero en reaccionar fue Iván que rápidamente dejó lo que llevaba en sus manos en el piso. Se arrodilló a su lado y le preguntó si estaba bien. Un segundo después, Miguel también estaba allí.

—Sí, sí. Estoy bien —dijo intentando incorporarse pero el dolor era demasiado y la obligó a sentarse de nuevo, emitiendo un lastimoso quejido.

Miguel se levantó y la alzó en brazos. Ella sintió que se le paraba el corazón mientras se le erizaba por completo la piel. Evitó respirar demasiado profundo para que no la invadiera ese exquisito perfume masculino.

Él la dejó en el sofá mientras Iván se sentaba a sus pies. Agarró la pierna de Noelia desde el gemelo y la apoyó sobre su regazo. La muchacha sintió que se incineraba.

"Aprovechado hijo de puta", pensó Miguel mirando con sorna a su amigo.

—Vamos a ver ese tobillo.

—No, en serio. Estoy bien —dijo ella intentando retirarlo otra vez.

—Sh... Quietita —le respondió Iván dándole pequeños golpecitos en la pierna. Le desabrochó la sandalia con minuciosidad, la dejó en el suelo y agarró suavemente el pie de ella. Notó los casi imperceptibles temblores que la recorrían y el delicioso rubor que teñía su rostro y disfrutó demasiado la incomodidad de la muchacha. Movié apenas el pie y ella se quejó.

—Es un esguince —dictaminó muy seguro. Hielo y reposo.

—Ah... —dijo Miguel burlón. —Acá el señor tiene un máster en esguince de tobillo.

—Heridas de guerra del rugby —dijo tras la curiosa mirada de Noelia. —Te llevamos a tu casa.

Ella no tuvo cómo negarse. No podía ni pararse sola, mucho menos tomarse un ómnibus.

—Ok. Gracias —dijo vergonzosa.

Miguel la ayudó a levantarse y la tomó firme de la cintura para hacerle de muleta. Muerta de los nervios, Noelia no tuvo otra que agarrarse fuerte de su camisa, rodeándolo desde la cintura.

—Eh... Mis cosas...

—No te preocupes. Iván encantado lleva todo.

—¿Lo suyo también, realeza?

—Si fueses tan amable... —dijo irónico —Tengo las manos bastante ocupadas.

"Bastante más ocupadas las quisieras tener, alzado de mierda".

Y como respondiendo a su comentario no dicho, mientras se marchaba con Noelia a cuestas, se llevó la mano a la espalda y levantó su dedo mayor.

Iván apenas aguantó la carcajada mientras cargaba con las cosas de los tres.

Capítulo 2

Estacionaron frente al apartamento de Noelia y, como todos los días, la invadió una tristeza sobrehumana.

Iván se bajó del auto y le abrió su puerta para ayudarla a bajarse. Sin embargo, ella se quedó unos momentos quieta, en silencio, tratando de retrasar lo inevitable.

La postura encorvada y esos mechones sueltos que parecía usar de barrera contra el mundo, hicieron notar a Iván la angustia de la muchacha.

—De verdad no quieres estar acá, ¿no?

Ella inmediatamente negó con la cabeza sin siquiera ser muy consciente de ello. Iván cerró la puerta del auto y volvió a sentarse en el asiento del acompañante. Miguel lo miró sorprendido.

—¿Y a dónde vamos? —Preguntó muy curioso.

—A casa —respondió Iván como si fuese la mayor obviedad del mundo.

Cuando llegaron al estacionamiento fue otra vez Iván quien salió rápidamente para asistir a Noelia. Le abrió la puerta y le tendió la mano. Ella le sonrió y se la agarró pero en vez de llevarla tomada de la cintura se agachó y la alzó nuevamente en brazos y otra vez gozó cuando la sintió estremecerse de pies a cabeza.

—¿Te molestaría llevar las cosas? —le gritó a Miguel por encima del hombro con un claro tono de burla.

—¿Por qué no te vas un poquito a la mierda? —le contestó Miguel.

—Disculpalo —le dijo a Noelia que ya se estaba relajando un poco. —Es un ordinario. No lo puede evitar.

Lo que Noelia no pudo evitar fue reírse. Le hacía mucha gracia la forma que tenían de tratarse, como si fuesen adolescentes.

—Te reís muy bonito, ¿lo sabías?

—¿Ah, sí?

—Sí. Deberías hacerlo más seguido.

—Mmm... Lo intentaré.

"Ay Noelia, Noelia. Si supieras las formas que tengo de hacerte reír".

Subieron hasta el apartamento con Miguel yendo por delante abriéndoles las puertas. Iván la dejó en el sofá y le dijo que ya volvía mientras Miguel llevaba todo hasta el escritorio. Cuando pasó al lado de Noelia le guiñó un ojo y le sonrió.

"¿Pero qué estoy haciendo en el apartamento de mi jefe?", pensó, mordiéndose el labio". Esta situación no me está dejando muy bien parada. Tengo que irme, no es correcto que esté aquí. ¿En qué momento se me ocurrió que podía ser una buena idea? Idiota".

Cinco minutos después, Miguel volvía. Se había puesto unos jeans viejos y una camiseta de manga corta ajustada. Noelia se había sentado en el sofá y estaba intentando ponerse de pie. Solo en ese momento recordó que le faltaba una sandalia.

—¿Necesitas algo? —preguntó Miguel.

—Sí, mi sandalia.

—¿Para?

—Para irme.

—¿Ya te quieres ir?

—No está bien que esté aquí.

—¿Según quién? —intervino Iván que traía hielo y un blíster de pastillas. Aún llevaba la ropa del trabajo, pero iba descalzo y con la camisa por fuera del pantalón. La corbata también la había perdido. Se sentó en el piso frente a ella y le agarró el pie que aún llevaba calzado. Le desprendió la sandalia y ella no se resistió. Apoyó el pie y sostuvo el lastimado. Le puso el hielo que estaba envuelto en un trapo contra el tobillo.

—¿Cómo se siente eso?

—Bien... —respondió ella mientras sentía cómo el frío iba adormeciendo toda la zona adolorida.

—Genial. Mirá, hagamos una cosa. Te relajás en este sofá, te quedás a cenar y si después de eso te seguís sintiendo incómoda, te llevo a tu casa. ¿Qué te parece?

—Por favor, te ruego que te quedes —bromeó Miguel. —Estoy realmente podrido de verle la cara a este mamarracho todos los días. Te juro que te vamos a tratar bien —dicho eso, se fue a la cocina a hurgar en la heladera.

Noelia rió otra vez. *"Estos dos tienen un máster para hacerme aflojar los nervios que tengo. ¿Debería estar más precavida?"*

—No nos tengas miedo, no mordemos —le dijo Iván, sonriéndole de lado. —A menos que lo pidas.

Ella se sintió enrojecer y sin pensarlo mucho más, aceptó.

Iván se paró, se desabrochó el pantalón y se bajó el cierre, dejando ver el borde de sus *boxers*, justo frente a los atónitos ojos de Noelia. Ella levantó la mirada como para comprobar si aquello lo estaba haciendo a propósito. Él la miró con lascivia y le sonrió con deseo mientras se humedecía los labios con la punta de la lengua.

—Me voy a dar una ducha —dijo sin más y desapareció, dejándola totalmente descolocada.

—Bueno... —gritó Miguel desde la cocina. —No sé qué pasa en esta casa que parece que la comida se evapora. Voy a llamar al *delivery* porque no da para salir a comprar algo ahora y ponerse a cocinar. ¿Te gusta la comida china?

—Sí, está bien —contestó ella.

Se acomodó en el sofá mientras Miguel hacía la llamada. De repente se sintió estrangulada por su pantalón de vestir. Miguel pasó frente a ella justo cuando intentaba encontrar una posición cómoda.

—Sí, gracias —dijo al teléfono con la mirada clavada en la muchacha. Cortó y lo tiró encima del sofá.

—Al final Iván tiene razón. Soy un bruto. No me había dado cuenta que todavía tenías puesta la ropa de el trabajo. Vení, vamos a solucionar eso.

Otra vez agarrándola de la cintura, la llevó hasta su cuarto. La dejó sentada en la cama y empezó a revolver en su cajón. Sacó una camiseta de mangas cortas y se la dio. Cerró el cajón, dándose por satisfecho.

—Em... Estaría faltando algo para abajo —dijo ella.

—¿No te alcanza solo con eso? —preguntó haciéndose el tonto.

—Y... Me va a quedar un poco corto de más.

—¡Uf! —dijo él con fingida molestia, volviendo a abrir el cajón. —Mujeres, mujeres. Tienen unas piernas de infarto y después les da vergüenza mostrarlas. Tomá —dijo dándole unos shorts. —¿Necesitas ayuda? —preguntó pícaro.

—No, no. Puedo sola, gracias.

—Ok —dijo sentándose cómodamente en una butaca.

—¿Qué hace? —preguntó ella con la ropa en la mano.

—Te espero a que te cambies.

—Algo de privacidad no estaría mal.

—¿Y cómo te vas a volver al living con es pie todo roto?

—No se haga el inocente que no le queda.

“¡Opa! ¿Dónde quedó la timidez? Esto se está poniendo interesante...”

—¡Ufa! —dijo como un niño malcriado. —Mataste toda la diversión. Pero hablando en serio, me avisás cuando estés lista, ¿ok? Y andá perdiendo el usted que no estamos en la oficina.

—Sí, señor —retrucó ella con una sonrisa pícaro.

Él le devolvió el gesto, sorprendido por esa chispa que ella estaba dejando entrever. Salió del cuarto, entornando la puerta tras él.

Cenaron bastante distendidos charlando de cosas banales, comiendo directo de la caja de la comida, echados en los sillones. Aunque entre Iván y Miguel se daba un lenguaje de las no palabras entre miradas y risitas cómplices del que Noelia quedaba totalmente fuera.

—Tomate el antiinflamatorio —dijo Iván cortando con la distendida atmósfera.

—Bué, habló el doctor Iván.

—Ah, yo creí que todos queríamos que ese pie se curara lo más rápido posible.

—Sí, sí queremos —saltó Miguel enseguida.

Ambos se rieron y otra vez Noelia se quedó afuera del chiste. Sin embargo, obedeció y se tomó la pastilla.

—Muy bien. Y dígame, señorita. ¿En cuál de los dos cuartos prefiere dormir? —preguntó Iván.

—Yo no... —respondió algo escandalizada por la repentina propuesta.

—¿No te quieres quedar? —saltó Miguel jocoso.

—No la presiones —advirtió Iván.

Se acercó a ella y se inclinó, mirándola directo a los ojos. Le puso un mechón de pelo tras la oreja y le acarició la mejilla con el pulgar.

—¿Te quieres ir o te quieres quedar? —le preguntó con voz profunda y la sonrisa ladeada, sin disimular para nada sus intenciones. Envolvió con esa mano su nuca y ella quedó totalmente subyugada por esa caricia. Cerró sus ojos y disfrutó de ese mimo que tanto necesitaba, mientras los dedos de Iván deshacían el precario moño y se hundían una y otra vez en su largo y sedoso cabello. Sabía que Miguel los estaba observando, sentía su pesada respiración cada vez más cerca pero no podía evitar disfrutar plenamente de ese cariño.

Iván decidió ir por más. Retiró su mano de la nuca de Noelia y ella abrió sus ojos con cierto desasosiego. Iván le sonrió perversamente, le agarró con ambas manos cada lado de su rostro y le acarició los labios con los pulgares. Ella instintivamente los humedeció con su lengua mientras su pecho subía y bajaba de forma exagerada. Miguel se había sentado a su lado y los observaba a escasos centímetros, mordién dose compulsivamente su labio inferior. Iván inclinó su cabeza levemente hacia un lado, se pasó la lengua por sus carnosos labios y se acercó lentamente a su boca. Se detuvo apenas rozándole los labios y Noelia, desesperada por recibir su contacto, emitió un gemido suplicante. Iván terminó con su tortura. La besó, inclinándose más aún sobre su cuerpo. Su lengua se abrió paso rápidamente dentro de la boca de ella, luchando y enredándose con la suya. Todo el cuerpo de Noelia reaccionó hambriento ante ese beso devastador, contoneándose, retorciéndose mientras sus gemidos eran ahogados por la boca de Iván. Él se separó de ella, tirando suavemente de su labio y antes de que pudiesen preguntarle algo, dijo entre jadeos: —Me quedo.

No fue sin sentirse desubicada, pero la necesidad de su cuerpo la vendió. Iván se enderezó y le ofreció una mano que ella agarró, con el corazón latiéndole a mil. Tiró de ella y otra vez la alzó en brazos. La llevó en dirección a su cuarto y ella vio a Miguel casi

echado en el sofá, con una actitud de ganador que no entendió. Le dijo adiós con la mano y le sonrió perversamente.

Iván la dejó en su cama y le dio un casto beso en los labios que a ella le supo a poco.

—Ponete cómoda. Ya vuelvo.

Noelia asintió sintiendo que se elevaba la temperatura de su cuerpo. Iván salió del cuarto guiándole un ojo.



—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó Miguel ansioso, casi susurrando para que Noelia no los escuchara.

Iván se dejó caer en el sofá a su lado.

—No sé si está lista —le respondió también con la voz baja.

—No pareció horrorizarse cuando le comiste la boca recién y yo los estaba mirando.

—Sí, ya sé. Pero no creo que se imagine lo que tenemos intenciones de hacer con ella.

—Si se lo imagina o no, no lo sé. Pero esa gatita está muerta de ganas y si se lo solucionamos entre los dos, no lo va a olvidar por el resto de su vida.

—Sí, eso es verdad —dijo Iván frotándose la barbilla, aún dudando.

—Tenemos que sacarla de la sequía, pobrecita. Y yo le quiero clavar los dientes y todo lo demás también. No nos vamos a poner a discutir, ¿no?

—Si serás pendejo. Está bien. Vamos a hacerlo así...



Iván regresó al cuarto con un gran vaso de agua en la mano.

—Hola —le dijo a Noelia que estaba sentada en el borde de la cama, entrelazando nerviosa sus dedos.

—Te vi un poco acalorada así que te traje agua. ¿Querés?

—Sí, gracias —respondió ella. Se tomó más de medio vaso.

—Por lo visto tenías sed. Podés pedirnos lo que quieras, cuando quieras, ¿sabés? —le dijo mientras apoyaba el vaso en la mesa de luz. —Queremos que te sientas muy cómoda en nuestra casa así que si necesitas algo nos lo haces saber, ¿está bien?

La sostuvo de la barbilla y ella lo miró con carita de inocente, asintiendo.

"Ay, nena. Qué ganas de pervertirte que me entran cuando me mirás así".

Dejando escapar algo del deseo que tenía contenido, la envolvió desde de la nuca y la besó lenta y profundamente. Ella gimió dentro de su boca y momentos después, él dejó de besarla. Como si tal cosa le preguntó cómo estaba su tobillo.

—Bien... —respondió ella en un suspiro.

Él se arrodilló frente a ella y empezó a acariciar delicadamente su pie. Ella sintió que se derretía. Subió por su pierna, tocándola de forma suave y envolvente. Ella suspiró profundamente, tratando de no perder la consciencia.

Iván siguió acariciándola, cada vez más arriba. Llegó hasta su rodilla y le dijo lo hermosas que eran sus piernas.

—Pero por supuesto que lo sabés, muy escondida en tu pose de secretaria ejecutiva. Sabés muy bien lo que tenés.

Ella largó la carcajada pero no tuvo tiempo de reír más. Iván recorrió todo su muslo mientras se abalanzaba otra vez sobre su boca. Ella se tuvo que acostar porque él se le vino encima.

Noelia también hizo lo suyo. Lo besó como nunca antes mientras sus piernas y brazos se enredaban al cuerpo masculino de él. Iván la agarró de la cintura y la arrastró al centro de la cama. Abandonó su boca y empezó a besarla por el cuello, detrás de la oreja, en la línea de su mandíbula mientras su mano se metía bajo el short que tenía puesto Noelia. Le apretó el culo con su enorme mano.

—¿Te gusta?

—Sí... —respondió ella elevando su pelvis para rozarla aún más contra la de él.

"Ay, gatita. Si ya estás así y apenas te toqué, lo que serás después. Tengo que hacer mi jugada ahora o esto se va a terminar muy rápido y Miguel me va a colgar de las pelotas".

—Y hablando de gustos... —le dijo separándose apenas para verla a los ojos. Ella estaba jadeante y rozagante y él se deleitó con esa visión.

—¿Te gusta Miguel? —La muchacha enrojeció al instante y un brillo cubrió su mirada.

"Listo. Hoy hay fiesta", pensó Iván triunfante.

—No sé por qué me estás preguntando eso —dijo tartamudeando.

—Lo importante es si te gusta tu jefe o no —dijo él, agregando más morbo a la situación. —No te cuestiones mucho más allá de eso.

—Me gustás vos —respondió ella tratando de evadir la pregunta anterior.

—Eso me quedó más que claro. —La besó y su mano se coló traviesa por debajo de la camiseta, acariciando su vientre. Ella ronroneó y él volvió a separarse.

—¿Sabés qué? Desde que Miguel te descubrió mirando ese video porno en la oficina, no puede hacer otra cosa que imaginarte de protagonista de uno.

Noelia se iba poniendo más y más colorada a medida que él hablaba. Pero aún así le sostuvo la mirada.

—¿Qué decís, Noelia? ¿Lo invitamos a que nos vea?

La mano de Iván ascendió abruptamente y atrapó un pecho, masajeándolo, mientras otra vez atacaba su cuello, llenándolo de besos.

—Y después, si querés, lo dejamos participar. —Ella inspiró hondo y un temblor recorrió todo su cuerpo. —¿Qué decís? ¿Lo dejamos entrar? —En ese momento le pellizcó el pezón y ella gimió y se retorció del placer. Cuando la soltó, volvió a hablarle al oído. —Pensá que esto podría ser el doble de placentero. Necesito tu respuesta, Noelia.

Ella se debatió unos segundos pero después se decidió.

"A la mierda todo. No voy a perderme de esta oportunidad. Mañana podría estar muerta".

—Sí —dijo fuerte y claro.

—Sí, ¿qué?

—Quiero que dejes entrar a Miguel. —Iván sonrió perversamente y cuando se estaba deslizando sobre su cuerpo para ir a abrir la puerta, ella volvió a hablar. —Yo no tengo idea de cómo...

—No te preocupes. De eso nos encargamos nosotros.

Iván fue hasta la puerta y la abrió apenas. Inmediatamente volvió hacia la cama, se acostó pegado a Noelia y reanudó sus mimos pero la muchacha se había tensado de pronto. Observaba fijamente la puerta por la que aún no había cruzado Miguel.

—Tranquila —le dijo Iván al oído. —Solo va a mirar. A menos que quieras algo más...

"¿Lo quiero?", pensó ella, dudando en medio de los espasmos que su cuerpo producía. Shocks eléctricos anticipando el placer que su mente ya estaba imaginando. "¿Seré capaz de estar con dos hombre a la vez? ¿En qué lío me metí?"

En ese momento, Miguel cruzó la puerta y le sonrió de lado. Ella sintió que un calor la invadió desde el vientre, tanto que tuvo que apretar fuerte sus piernas. Miguel se sentó en una butaca que había al lado de la puerta, mirando hacia la cama. Iván la ayudó a sentarse y se colocó detrás de ella para hacerle un delicioso masaje.

"Por favor..., nunca en la vida me hicieron un masaje así. Qué delicia..."

Cerró sus ojos y se dejó llevar aún a sabiendas de que era una estrategia de él para distraerla de momento de la presencia de Miguel. Iván le masajeó los hombros, el cuello, la espalda.

—¿Te gusta, Noelia?

—Sí... —contestó ella.

—¿Me dejás ir a más?

—Sí... —volvió a contestar.

Ambos amigos se miraron. Iván dudó y Miguel asintió. Entonces Iván se decidió y le metió la mano por debajo del pantalón pero por encima de su ropa interior. Apretó su sexo mientras la sujetaba fuerte de la cintura. Ella gimió y se contoneó, aún con los ojos cerrados.

—Mirame —dijo de pronto Miguel con voz profunda.

Ella abrió sus ojos y lo vio mordiéndose el labio.

—Te ves muy linda así, ¿sabés? Con mi ropa, disfrutando tanto de las manos de Iván encima tuyo. —Iván se coló por debajo de la camiseta y otra vez le atrapó un pecho mientras aún la torturaba por encima de la fina tela de su ropa interior que ya estaba muy mojada. Ella gimió en respuesta. Iván olió todo el largo de su cuello y después la lamió. Ella se retorció del extraño placer que le provocó. Iván aprovechó su desconcierto y giró su rostro hacia él para darle otro profundo y largo beso. Se separó de la boca de ella con un chasquido y se relamió los labios.

—Ah... No puedo decidirme dónde sabe mejor—le dijo a su amigo.

—No sabría decirte —le contestó mirándola a ella. —Aún no tuve el placer de probar. —Después de decir eso, ladeó su cabeza e hizo un puchero. Ella casi podría jurar que sus pestañas se hicieron más largas.

Noelia no podía pensar, literalmente. Tantos pensamientos se atropellaban en su cabeza que no podía hilvanar una sola idea coherente.

—¿Querés intentarlo? —le preguntó Iván al oído.

—Sí, pero...

—No te pongas peros. Dejate llevar, te vamos a cuidar, te lo prometo.

"Dejarse llevar, dejarse llevar", pensó ella ansiosa. Cerró sus ojos y se volvió a repetir la misma frase pero esta vez como una orden. *"Dejarse llevar"*. Inspiró hondo un par de veces y abrió sus ojos. Miró a Miguel directo a los suyos, le sonrió apenas y le tendió una mano algo temblorosa.

Miguel se puso de pie enseguida y se la agarró. Iván le quitó las manos de encima, la sostuvo de las caderas y se la entregó a su amigo que rápidamente la agarró fuerte del culo y de la cintura. Sin dudarle un segundo, enterró su lengua en la boca de Noelia y la besó con urgencia. Ella no solo se dejó sino que lo besó con igual necesidad, sacándose unas ganas que no sabía que tenía. Enredó los dedos en su pelo y tiró de él. Él murmuró dentro de la boca de Noelia y empezó a subir la mano que la sostenía de la cintura hacia arriba, por su espalda, en una fuerte caricia directo sobre su piel. Cuando llegó a su límite, bajó arañándola suavemente. Ella se estremeció de tal manera que dejó de besarle y arqueó todo su cuerpo hacia atrás. Miguel llenó su cuello de besos y Noelia que tenía los ojos cerrados, percibió a Iván cerca, muy cerca.

Sintió que unas manos acariciaban su pelo que caía suelto y cuando abrió sus ojos, Iván la arrebató de los brazos de Miguel rodeándola desde la cintura y enganchando su pierna en su cadera para que no apoyara el pie lastimado.

—Olés muy bien —le dijo recorriendo su cuello con su nariz para terminar hundiéndola en su pelo.

—Yo también quiero —dijo Miguel volviendo a su pose burlona.

Se pegó a su espalda y flexionó un poco las piernas para encajarle su erección justo entre sus glúteos. A Noelia se le cortó por un instante la respiración y después abrió su boca para recuperar el aire. Las manos de Iván recorrían su cuerpo, rozando el costado de sus senos mientras dejaba jugosos chupones a lo largo de todo su cuello. Miguel se agachó para acariciar por completo sus piernas desnudas, erizándole cada centímetro de su piel. Cuando se irguió, agarró el culo de Noelia, lo apretó apenas y se desvió a sus caderas para subir hasta su cintura y colarse por el elástico de su propio short. Se metió por debajo de su ropa interior y abarcó todo su sexo con la mano abierta. Ella jadeó e instintivamente arqueó su espalda, apoyándose en el hombro de Miguel, mientras él seguía masajéandola, impregnándose de ella. En ese momento, Iván decidió enloquecerla un poco más. Rápidamente localizó sus pezones y atrapó uno entre sus dientes, aún sobre la camiseta, tirando apenas de él. Ella lanzó un gemido entre la súplica y la liberación. Miguel sacó su mano y se la llevó a la nariz, inspirando hondo.